

El testimonio de Luis Eladio

Después del tortuoso secuestro que lo mantuvo alejado durante seis años, ocho meses, diecisiete días y nueve horas, Luis Eladio Pérez Bonilla regresó a la libertad, a lo que él llama «la realidad». A reencontrarse con su familia, a conocer a sus nuevos integrantes, a descubrir y aceptar los cambios que hubo durante su ausencia, a entender y asumir un nuevo rol como miembro de familia, como ciudadano, como político. A «la realidad», que implica readaptarse a la ciudad y a sus ruidos, exorcizar los temores de su cautiverio, acostumbrarse de nuevo a la libertad que anheló desde la selva, y reinventar su futuro.

Concejal de varios municipios de Nariño y gobernador del mismo departamento, representante a la Cámara, cónsul en Paraguay y senador de la República por el Partido Liberal, Luis Eladio ha retomado, desde hace tres meses y a sus 55 años, la actividad política que venía ejerciendo desde hace más de dos décadas. Pero esta vez lo hace «desde afuera», al margen del Senado o de la Cámara, para luchar por la liberación de sus compañeros de cautiverio. No sólo de los secuestrados políticos, militares y policías, sino de los cerca de 1.300 colombianos que

la guerrilla tiene privados de la libertad, la gran mayoría por razones extorsivas y de exigencias económicas.

Este relato hace parte del compromiso que asumió al recuperar su libertad: luchar por los que están pudriéndose literalmente en la selva. Por eso me contó, paso a paso, el calvario de su secuestro.

Al hacerlo, revivió segundo a segundo la crueldad de su secuestro, un mal que no se le puede desear ni al peor de los enemigos. Y Luis Eladio lo hizo a fondo, con las heridas a flor de piel, con los recuerdos en carne viva. De su parte, fue un ejercicio valeroso y doloroso, una auténtica catarsis. Una y otra vez me desnudó su alma, bañado en lágrimas. Durante varias sesiones, durante varias horas, me contó su amarga experiencia y me relató los detalles de esos casi siete años de aislamiento, desde el día del secuestro, el 10 de junio del 2001 en Nariño, hasta el 27 de febrero del 2008 cuando fue liberado por las FARC en una acción unilateral junto con otros tres congresistas, Gloria Polanco de Lozada, Orlando Beltrán Cuéllar y Jorge Eduardo Gechem Turbay.

Luis Eladio Pérez compartió conmigo la penosa vida cotidiana en cautiverio, la pérdida de la dignidad, el maltrato, las diferencias, roces e intolerancias entre los mismos compañeros de cautiverio, las humillaciones a las que era sometido constantemente, sus hambrunas, el miedo a perder la vida, la impotencia de no tener ni una Aspirina para «tratar» un infarto, ni una crisis renal y tres comas diabéticos, amén de dos malarías y dos leishmaniasis, las largas y penosas marchas de hasta cuarenta días por el corazón de una selva virgen y cruel, su relación con Ingrid Betancourt y con las demás víctimas, el engaño de

que fue objeto Ingrid por el Gobierno cuando fue plagiada, su angustia por la familia, por el futuro de todos; en fin, su reintegro a su nuevo hábitat, que no ha sido tampoco nada fácil.

Me contó de las condiciones en las que él y sus compañeros de secuestro vivían, situación que define como «la más pura de las barbaries». Me contó cómo es la «estructura» de los campamentos, cómo son las caletas, la alimentación, las rutinas diarias, las cadenas con las que los mantuvieron amarrados por los días de los días, los insectos, las culebras, los tigres, el temor constante, el acecho de la locura, la incertidumbre de la supervivencia, la vida sexual. Su relato sobre su experiencia como secuestrado adquiere entonces una dimensión humana que evidencia el drama individual, familiar y social que es el secuestro.

Con lacerante nostalgia y recordando siempre a sus compañeros, me relató con detalles y dramatismo su periplo en el intento de fuga con Ingrid Betancourt y la decisión conjunta de abortar el plan. Me habló de cómo es la guerrilla por dentro, de cómo reclutan a sus militantes, de sus sistemas de financiación, de los porqués de su crecimiento, de la corrupción de algunos mandos militares, de la desidia del Estado, del crecimiento y la expansión del narcotráfico, de la carencia de sentimientos de la guerrilla, del verdadero significado de los «alias» de la guerrilla, en fin...

Me habló, en suma, sobre la vida y la muerte, compañeras constantes en el secuestro.

Éste es un testimonio que puede llegar a ser muy útil para los colombianos y también para los extranjeros. En

el libro se dan claves por montones acerca de nuestra fenomenología de la violencia, y de lo que habría que hacer para tratar de erradicar para siempre uno de los peores flagelos que azotan hoy a uno de los países más esclavizados y martirizados del mundo, como es Colombia, digno de mejor suerte, comprensión y solidaridad. La sociedad tiene que tomar más conciencia de que el problema del secuestro es de todos (no sólo del Gobierno y de las familias de los que están retenidos en las selvas de Colombia) y reflexionar sobre las condiciones en que «viven» los habitantes de las zonas abandonadas por las instituciones.

Con razón y corazón, Luis Eladio Pérez nos hace reflexionar sobre esta desgarradora realidad que ha sufrido nuestra querida Colombia desde hace más de cuatro décadas y que continúa. Y que no pareciera tener salida con luz al final del túnel, por lo menos en el corto plazo.

A él le agradezco su confianza, su sinceridad y su sentido humano para revivir los trágicos episodios que tuvo que enfrentar en ese infierno verde con el fin de continuar la «marcha hacia la libertad» que comenzó para él en febrero del 2008, y que seguirá extendiendo hasta lograr que los demás, que se siguen pudriendo y muriendo de todos los males habidos y por haber, recuperen su dignidad y su sentido de la vida, sin estar sometidos a la sevicia y crueldad de los nuevos bárbaros de la humanidad.

Luis Eladio, como Pinchao y todos los que forman parte de los campos de concentración de las FARC, modelo siglo XXI, son héroes y mártires. Así de claro.

DARÍO ARIZMENDI
Bogotá, mayo de 2008

El secuestro

Nunca sospeché que me secuestrarían. Yo creía tener «buenas relaciones» con las FARC. Esto quiere decir que cuando se hace política en provincia, uno tiene que aceptarlo porque todo el accionar de las actividades políticas está sujeto de alguna manera a mantener relaciones con ellos. Por eso estaba relativamente confiado, porque no tenía ningún problema con los grupos que operaban en el departamento de Nariño. No tenía actitudes contestatarias, ni mucho menos. Pero un buen día, que estaba en Ipiales, acepté una invitación de algunos amigos a comer en un restaurante típico de la ciudad, en el barrio El Charco, que es famoso porque prepara los mejores cuyes. Estábamos en el almuerzo con estos amigos, entre ellos el alcalde de la ciudad, cuando escuchamos unos tiros. Resulta que mi conductor y mi escolta estaban en el vehículo, una camioneta del Congreso de Colombia asignada a mí para efectos de mi movilidad y seguridad, cuando aparecieron dos personas, los encañonaron y los bajaron llevándose la camioneta. ¡Bueno! Por supuesto, vino el revuelo de la cosa, no entendíamos muy bien si se trataba de un atentado, un intento de secuestro o un robo.

Sin hacer las consultas pertinentes del caso, volví a los quince días a Ipiales, y un buen amigo mío me dijo:

«La guerrilla le va a entregar la camioneta en una zona que se llama el corregimiento de La Victoria». Le consulté al alcalde de Ipiales y a otros amigos de la región y me dijeron que no había ningún problema, que incluso me acompañaban. Y nos fuimos a La Victoria, el 10 de junio del 2001, y llegamos después de dos horas por carretera destapada en el carro de la alcaldía de Ipiales, íbamos: el alcalde de Ipiales, un ex alcalde de la ciudad, un grupo de escoltas y yo. Cuando llegamos, efectivamente la camioneta estaba parqueada ahí en una de las calles de esa población, entonces nos acercamos y de repente apareció un hombre, que después supe que era el segundo hombre al mando del Frente Segundo de las FARC. Preguntó quién era el senador, manifesté que yo y dijo: «¡Ah, bueno, bienvenido!, la guerrilla..., los comandantes quieren hablar con usted». Le dije: «Perfecto, no hay ningún inconveniente». Entonces hizo todo el teatro de que iba a hacer comunicación para hablar. Era un domingo alrededor de las dos o tres de la tarde, me manifestó que hacían comunicación a partir de las cuatro de la tarde, y que entonces alrededor de las cinco tendría respuesta. Llegaron las cinco, las cinco y media, y no hubo respuesta. Entonces apareció un guerrillero, gritó mi nombre, yo me acerqué pues él estaba lejos del grupo, y me dijo que el comandante quería hablar conmigo en otro sitio diferente a donde yo me encontraba con el alcalde y estos amigos. Me subió a otra camioneta y me dijo: «Qué pena, pero usted queda retenido, los comandantes quieren hablar con usted».

El alcalde y las demás personas que me acompañaban se quedaron esperándome ahí y no se dieron cuenta de

nada. Después de un buen rato, el mismo comandante que me había metido en una camioneta, se acercó a los demás, les dijo que yo quedaba retenido y que se regresaran inmediatamente. Tuvieron que irse. Y yo estuve seis años, ocho meses, diecisiete días y nueve horas esperando a que los comandantes hablaran conmigo. Nunca aparecieron.

A los dos meses escuché por radio cómo, en un operativo militar, el Ejército recuperó la camioneta y mató al comandante que me había secuestrado y a un hermano suyo que era el tercero del frente. Es decir, quedó desmembrada la comandancia del Frente Segundo y recuperaron la camioneta.

Comienzo de la odisea

Ya era de noche cuando arrancamos: entre las seis y media y siete de la noche. Cuando llegamos al final de la carretera, me bajaron en una casita donde pasamos la primera noche. Permanecí sentado al lado de una fogata mientras ellos preparaban café. A las seis o siete de la mañana me quitaron los zapatos para ponerme un par de botas, tres tallas más grandes. Empezamos a caminar y me fueron metiendo monte adentro. Después me subieron en un caballo y empezó la odisea: traspasar parte de la cordillera, hasta caer en la zona del Putumayo, por el Oleoducto Trasandino, ese oleoducto que viene de Orito hacia Tumaco en la zona limítrofe con Ecuador.

En ese momento uno de los comandantes me hizo llegar algunas cosas, entre ellas un radiecito Sony. Cuando me liberaron me enteré de que Estela y Jorge Benavi-

des, amigos míos, habían alcanzado a enviármelo, cuando el alcalde les dio la noticia. Yo pensé que era un «detalle» del comandante. Ese radiecito fue mi compañero permanente durante todo el tiempo de cautiverio... y en él escuché la noticia de mi secuestro y, además, oí al Mono Jojoy, desde la zona del Caguán, dando declaraciones y manifestando que efectivamente yo quedaba retenido y que no recuperaría mi libertad sino hasta cuando existiera una ley de canje. Cuando habló de la ley de canje pensé: «¡De aquí no salgo nunca!». Porque sabía que el Congreso colombiano jamás iba a hacer una ley de canje, porque era legitimar el secuestro a través de un mecanismo legal, y menos si era bajo presión.

Iba a estar secuestrado para siempre. Me iba a pudrir en la selva, siendo objeto de uno de los peores delitos que existen, tal vez el peor. Si tuviera que definir el secuestro en una sola palabra, usaría «barbarie». Ya es un drama extremo perder la libertad pero en el secuestro hay otros elementos adicionales: no hay el más mínimo respeto por la dignidad del ser humano, vivimos como animales, encadenados, con una dieta pobre no sólo en alimentos nutritivos, sino en el tamaño de las raciones, muchas veces nos acostamos con hambre, dormimos en el piso por años, sin poder limpiarnos, enfermos, sin saber a qué horas lo van a matar a uno, sin saber qué está pasando con la familia, uno se pregunta qué ha hecho para estar padeciendo semejante tormento, qué delito ha cometido para estar privado de todo lo que nos hace personas. ¿Qué más puede ser el secuestro si no la más pura de las barbaries?

No hay derecho de privar a un ser humano de su más elemental condición, que es la libertad, con la humillación

que ello implica, con el drama que a nivel individual, familiar y social conlleva. Por eso el secuestro es un acto terrorista, porque al final termina intimidando a la población civil y eso lo convierte en terrorista. Por eso la guerrilla de las FARC no pueden eludir esa responsabilidad histórica, de ser definida como terrorista, tal y como la ha calificado la comunidad internacional. Creo que avanzar en una solución política implica no solamente la liberación de todas las personas que hoy están secuestradas, sino el compromiso ante el mundo de no volver a secuestrar, justamente por el acto de terror y de barbarie que representa.

Cuando me secuestraron, llevaba una carrera de doce años como congresista. Entré al Congreso en el año 1990 como representante a la Cámara. Me tocó la revocatoria del Congreso después de la expedición de la Constitución de 1991, y volví a presentarme a la Cámara. Llegué al Senado en 1994 y 1998. Mi período culminaba en el 2002, pero no pude terminar mi trabajo pues me secuestraron en el 2001.

Nosotros, los secuestrados

No sé si pueda decirse que fui el primer secuestrado de carácter político porque ya se habían producido dos secuestros que podían tener esta connotación. El de Fernando Araújo, aunque no era claro si era político o tenía un fin extorsivo, y el de Óscar Tulio Lizcano, en Manizales, pero tampoco había claridad sobre las motivaciones.

Por los días de mi secuestro la guerrilla venía gestionando la liberación unilateral de cerca de trescientos

soldados y policías, incluyendo al coronel Acosta, quien había sufrido algunos problemas físicos a raíz de la caída de un helicóptero.

Pero la guerrilla engañó a todos los oficiales y suboficiales y a todos los policías. Tras anunciarles su futura libertad, hubo celebración, fiesta, hasta botaron las cosas que ya no necesitaban y todo el mundo se abrazó, se despidió de ese drama que ya llevaba, en ese entonces, dos y tres años. Resulta que un día cercano a este anuncio, la guerrilla separó a los policías, por un lado, y a los suboficiales y oficiales, por otro. A éstos les pusieron cordeles azules, y a aquéllos, cordeles blancos. Alrededor de las siete, ocho de la noche, los sacaron para iniciar, supuestamente, la marcha al sitio donde los iban a liberar. Los del cordel blanco salieron por un camino y los del cordel azul por otro. Ellos no se dieron cuenta de lo que realmente estaba pasando, porque era de noche y caminaban invadidos por una incontrolable alegría, pensaban que marchaban hacia la libertad. A los del cordel blanco, o sea, a los policías y soldados, los subieron en unas lanchas, en unos bongos y efectivamente los liberaron, pero a los oficiales y suboficiales les dieron la vuelta y los devolvieron al mismo campamento. Cuando estos muchachos se dieron cuenta de que no los iban a liberar, que los habían ilusionado, la frustración y tristeza fueron inimaginables, no les dio un infarto porque no tenían ningún tipo de problema cardíaco, pero sólo por eso. Entre estos secuestrados están los de la toma de Miraflores, la de Mitú, la de El Billar, la de Patascoy, que son los más antiguos. Y ellos hasta hoy siguen secuestrados. Algunos llevan ocho, nueve, diez, once años secuestrados, pudriéndose.

Y después de semejante decepción, al otro día llegan Grannobles y Jojoy y les dicen: «¡No se preocupen! Es que miren, el Gobierno colombiano no quiere avanzar en un intercambio humanitario. De ahora en adelante vamos a conseguir... vamos a coger políticos y por cada político que cojamos vamos a soltar y liberar cinco o seis de ustedes». Y el primero que cayó fui yo. Aunque, repito, ya estaban Óscar Tulio Lizcano, quien tristemente sigue secuestrado, y se dice que está en la zona del Pacífico, y Fernando Araújo, actual ministro de Relaciones Exteriores, quien logró escaparse en el 2007, en otra gran odisea.

Y bajo este esquema, entonces, caí yo de primero, y hubo fiesta, ¡fiesta! Fiesta hicieron los oficiales y suboficiales de mi patria. Y lo entiendo, no los estoy criticando, faltaba más. Entiendo su drama. Pero hubo fiesta. Y resulta que no soltaron a ninguno. Y a los quince días o al mes cayó Alan Jara y no soltaron a ninguno. Después cayó Consuelo González de Perdomo... y no soltaron a ninguno. Después se produce la toma del Edificio Miraflores, que al principio tenía un tinte eminentemente económico pero que, por supuesto, después se convierte en el caso de Gloria Polanco, en un secuestro también político... y tampoco soltaron a ninguno, y cayeron Orlando Beltrán y Jorge Eduardo Gechem... y nada. Y cae Ingrid Betancourt con Clara Rojas... y tampoco. Entonces eso generó un malestar en algunos de los militares y policías hacia nosotros, los políticos. Esto sí no lo pude entender. Generó una atmósfera poco agradable, mal ambiente, lo que se reflejaba en una convivencia difícil, tensa, muy tensa, con dificultades, con falta de comprensión, falta de tolerancia.

Los primeros tiempos

Esos primeros días fueron terribles. Primero, porque me fueron internando en lo profundo de la selva y tuve que hacer un esfuerzo físico sobrehumano para mantener el ritmo de ellos, pues, además de que las caminatas eran larguísimas y durísimas, yo no tenía el estado físico de quien hace deporte de manera regular. Además, estaba absolutamente solo, pues los seis u ocho guerrilleros que me acompañaban en la marcha no me hablaban. Finalmente llegamos a un punto intermedio en la línea del oleoducto que viene de Orito hacia Tumaco, más exactamente entre Orito y una base militar, que a su vez es una estación de bombeo del oleoducto que se llama Monopamba, que pertenece al municipio de Puerres, en el departamento de Nariño. Ahí permanecí los dos primeros años.

La zona me era familiar, nunca había llegado hasta ese punto, pero sabía exactamente dónde estaba. Cuando fui gobernador de Nariño había donado un buldózer y una maquinaria para abrir una carretera entre Nariño y Putumayo, para tener una mejor conexión, justamente aprovechando esa línea del Oleoducto Trasandino. De manera que tenía muchas referencias sobre el lugar donde estaba, no conocía en forma directa la región, pero creo que la había sobrevolado en helicóptero en algunas oportunidades.

El lugar donde permanecí los dos primeros años era selva pura. Nunca tuve contacto con población civil. Me mantenían alejado de un camino que servía de tránsito permanente de cocaína que venía del Putumayo. Quienes me tenían retenido, el Frente Segundo, cobraban un pea-

je que estaba establecido en esa ruta, en la que había tránsito permanente de droga entre Putumayo y el interior del departamento de Nariño. Además de cobrar ese peaje, también utilizaban esa vía para transportar explosivos, dinamita, municiones, supongo que armas, pero básicamente dinamita, todas estas cosas provienen de Ecuador. Entonces tenía doble tráfico, uno de la coca, con su respectivo peaje de las FARC, y otro, de regreso, con explosivos y munición. Muchas veces tuve que dormir sobre esos bultos de explosivos, que eran transportados en mulas.

Esta vía era un camino de herradura que va paralelo al oleoducto. Fue abierto cuando la Texas Petroleum Company, en el gobierno del presidente Carlos Lleras Restrepo, construyó el oleoducto sobre la base de que la producción de los pozos de Orito iba a ser muy significativa; se llegó a hablar, en ese entonces, de la posibilidad de construir una refinería en Tumaco. Esto fue, entre otras cosas, un error histórico del presidente Lleras porque no le exigió a la Texas la construcción de una carretera con buenas especificaciones, sino que ésta se dio el lujo de construir, por primera vez en el mundo, un oleoducto por vía aérea. Entonces se veían helicópteros poniendo la tubería, armando la tubería, y ésa fue una equivocación. Y más aún porque la Texas se equivocó en los estudios del reservorio de los campos de Orito, pues la cresta del pozo petrolero estaba en territorio colombiano, pero el gran reservorio estaba en territorio ecuatoriano. Cuando se dieron cuenta del error, mejor dicho, cuando se dieron cuenta de que la producción iba a ser mínima, no abandonaron el oleoducto pero sí la cons-

trucción de la refinería de Tumaco, y se fueron a negociar con Ecuador y, por supuesto, ahí sí les exigieron la construcción de unas carreteras con unas especificaciones muy precisas, y ése es el origen del avance de Ecuador en materia de desarrollo vial. La Texas no perdió, perdió Colombia, perdimos nosotros, los pastusos, los nariñenses, los putumayenses, y los ecuatorianos ganaron porque exigieron esa construcción. Ésa es la historia de los pozos de Lago Agrio en Ecuador, y de la refinería de Esmeraldas, la que no se hizo en Tumaco.

Esa vía, ese camino de herradura, fue producto del movimiento circunstancial que generó el empate de esa tubería que venía vía helicóptero y que se convirtió en el santuario de la guerrilla, del Frente Segundo, que fue el que me retuvo; y también del Frente 48, que es uno de los frentes más significativos e importantes que tienen las FARC desde el punto de vista económico y militar, porque maneja el tráfico de la coca en Putumayo y tiene una logística y un operativo gigantescos.

En este lugar, Joaquín Barbas, un comandante que me parecía familiar, tal vez lo había visto en la Universidad de Nariño, fue muy deferente conmigo. Me decía «Lucho» y un día me regaló un perrito con el que me encariñé y, por supuesto, él conmigo. Lo cuidaba, lo «chocholeaba» todo el tiempo. Se llamaba Tino en homenaje al «Tino» Asprilla y, además, porque era de color negro. Un mal día llegó un comandante al que le decían Cano, porque era muy canoso, y le cogió una rabia, una inquina tremenda al pobre perrito, lo fastidiaba, no le daba comida, no permitía que le dieran las sobras. Entonces yo empecé a darle comida de la mía, lo poquito que me daban

a mí lo compartía con el perrito. Ahí íbamos soportando la cosa, hasta que un buen día el tipo, delante mío, lo mató, ¡lo mató a machete delante de mí! Sentí tanta rabia que cogí un palo y le pegué en la espalda al tipo, se lo tiré a la cabeza, a matarlo, pero el tipo se movió y le di en la espalda. Pensé que me iba a matar, claro, pero el comandante se asustó y no me dijo nada, no me dijo absolutamente nada. No reaccionó, para sorpresa mía se asustó al verme la furia y la rabia y se fue a hacer otra cosa. Cuando se fue todos los demás guerrilleros me felicitaron: «¡Bien hecho!, ¡bien hecho! ¡Bien hecho don Lucho porque ése es un hijueputa!». Como a los dos o tres días al tipo lo sacaron del mando, porque eso trascendió.

Durante estos dos primeros años que estuve íngrimo, solo, sin la compañía de otros secuestrados, terminé hablando con los árboles, pues los comandantes les prohibían a los guerrilleros que hablaran conmigo. Supongo que no me dejaban hablar con ellos por prevención, me imagino que por el hecho de ser político pensaban que podía influir en ellos o persuadirlos para que me ayudaran a escapar, o cualquier cosa. Siempre se mantuvo esa restricción, sobre todo durante estos dos primeros años en la cordillera. Incluso llegó un punto en que sentía la cara tan petrificada por no hablar, que cuando una guerrillera me prestó un espejo yo me dediqué a hacer ejercicios frente a él, gesticulaba para tratar de recuperar el movimiento, tenía la cara paralizada pues nunca hablaba con nadie. Por supuesto, nunca escuchaba una risa, salvo la que de pronto lograban sacarme los amigos muy queridos de «La luciérnaga», de Caracol Radio, en las tardes de semejante soledad y depresión. Tampoco veía el sol, la

selva es increíblemente tupida, incluso la ropa la teníamos que secar por las noches en las fogatas.

Dos años después

Dos años en esta situación, día tras día, hasta que me sacaron para unirme con los demás grupos, este recorrido lo hicimos por el Ecuador, pasamos el río San Miguel y dormimos en territorio ecuatoriano. Cuando llegué a ese río me sentía en Cancún, o en Acapulco, o en las Islas del Rosario, porque era un paraíso, un río espectacularmente bello, con arena de fondo, agua cristalina ¡y sol! Yo me quité todo y me expuse al sol, pero en diez, quince minutos quedé absolutamente «bronceado», después no podía moverme. Imagínese, dos años sin recibir sol. El malestar en los ojos por la luz no se me ha quitado. Me afecta tanto la luz solar como la luz eléctrica, siento muchísima molestia en los ojos. De manera que todo eso hace parte de este drama, datos que podrían parecer menores, pero que son parte de la difícil realidad de una persona que ha pasado por una historia así.

En ese momento estaba muy cerca al campamento en el que luego mataron a Raúl Reyes, quien estaba a dos kilómetros del río San Miguel, pero dos kilómetros en la selva es mucho. Es muchísimo cuando la selva es tupida. A veinte metros no se ve nada, es tremendo. A mí me mantuvieron a la orilla del río y, aunque no tenía ninguna comodidad, ahora tenía sol y agua con una temperatura «normal», después de pasar dos años con agua helada y sin energía eléctrica.

Allá me levantaba a las seis de la mañana, y con el calor del cuerpo, por haber permanecido relativamente abrigado en la noche, salía disparado y me metía a un chorro en uno de los caños; claro, el primer lamparazo era duro, pero me bañaba rápidamente, me secaba y me volvía a dormir, porque lo que hice fue invertir el sueño. Dormía durante el día y a partir de las cinco de la tarde, que ya tenía recepción de señal, por cierto bastante buena, me pasaba la noche oyendo radio, hasta las seis de la mañana que me levantaba, me bañaba, desayunaba y empezaba de nuevo la rutina. En eso los guerrilleros me respetaban, ellos me dejaban tapada por ahí la olla con el almuerzo, y yo me despertaba a las dos, tres de la tarde, almorzaba cualquier cosa y ya quedaba listo para volver a la jornada de estar despierto toda la noche.

Esto lo hacía para no desesperarme, porque los primeros días permanecía sentado en una piedra, o en un palo, todo el día, sin que nadie me hablara, me estaba enloqueciendo. Allá, igual que en la cordillera, también hablaba con los árboles. Siempre encontré refugio en ellos, yo los contaba todos los días, con la esperanza de que hubiera alguna modificación, pero como no encontraba ningún cambio, seguía esperanzado en que el próximo día podría pasar algo, o que creciera uno o que desapareciera el otro. Cuando no tenía nada que leer, nada que escuchar, eso me mantuvo distraído y siempre procuraba contar, contar, contar, mirar. Les sacaba figuras a las formas de los árboles. Era muy curioso, pues veía personajes, veía figuras en las ramas. Al otro día las iba a buscar y no las encontraba, pero era un ejercicio que me mantenía, de alguna manera, intelectualmente vivo y con la inquietud

tud: «Pero, cómo así, si yo en esta rama ayer vi la figura, ¡caramba!, del Che Guevara, parecía como la figura del Che...», y no la encontraba. Pero al cabo de un tiempo volvía a encontrar la imagen. Era una manera de distraerme, aunque a veces pensé que estaba perdiendo la razón. Fue por eso que invertí el horario. Preferí hacer todo el esfuerzo por dormir de día y apenas dieran las cinco de la tarde, que era cuando entraba la señal con claridad, pegarme al radio. Me metía en mi toldillo y me ponía a escuchar «La luciérnaga», las noticias, el «Reporte Caracol», y así pasaba toda la noche.

En ese entonces Caracol tenía un servicio para los secuestrados, empezaban a pasar mensajes a partir de las diez, once de la noche. Cada cuarto de hora había un *spits* de mensajes y empecé a escuchar a mi familia, a la una o a las tres o a las cuatro de la mañana. Posteriormente Caracol organizó todavía mejor el sistema de transmisión de mensajes, entonces planeaba diferente mi día. Pero para mí era la mayor alegría poder escuchar a mi familia, a mis amigos o a cualquier familiar de otro secuestrado, porque los mensajes que iban dirigidos a otros, los terminaba asumiendo como propios. Los mensajes son el cordón umbilical, lo que lo mantiene a uno con vida en momentos tan difíciles.

Cuando pensé en quitarme la vida, lo cual cruzó por mi mente muchas veces, escuchaba los mensajes de cariño, de amor, de fe y de esperanza de Ángela y mis hijos, de mi familia y mis amigos y, por supuesto, también me enteraba de la lucha que los familiares venían haciendo por nuestra liberación y me decía: «Bueno, yo no puedo ser tan cobarde frente a esta lucha, frente a ese drama que

está viviendo mi familia»..., y eso me obligaba a reflexionar sobre la determinación de quitarme la vida.

Desesperación en varios aspectos

Me sentía al borde de la desesperación por muchas razones, pero sobre todo porque había dejado a mi familia en una situación económica bastante complicada. Como no estaba en ese momento en el Congreso, no ganaba nada y, además, tenía cuentas y deudas por pagar. No soy un hombre de dinero, yo vivía de mi sueldo y también la familia vivía del sueldo, así que fueron momentos muy angustiosos. Además, no tenía vivienda propia en Bogotá, pagábamos un arriendo y mi señora tuvo que entregar el apartamento porque no podía continuar pagándolo, mis hijos estaban estudiando en la universidad pero tuvieron que salirse porque no había con qué cancelarla. Afortunadamente algunos amigos y familiares los apoyaron durante casi dos años. Esa angustia que yo sabía que estaba soportando mi familia me llegaba al fondo del alma, y llegué a pensar muchas veces que era más valioso muerto que vivo, porque tenía unos seguros que representaban un dinero significativo con el que podrían superar ese momento, ese trance tan difícil. Mi esposa no trabajaba en ese momento, pues había cerrado su anticuario en la zona de Usaqué, en Bogotá, cuando vino esa recesión tan tremenda.

Por eso pensé en suicidarme, por lo menos dos veces muy en serio. Tenía un cortaúñas con una navajita y en «el primer intento» una guerrillera llegó justamente

a pedírmelo... ¡Increíble, qué casualidad! Ya había tomado la determinación de matarme, entre otras cosas había dejado de tomar una droga que me habían llevado para la diabetes y me había desjuiciado con la comida, a sabiendas de que podía tener un coma diabético... Pensaba: «Un coma diabético y quedo descerebrado y se acabó el problema». Pero en ese desespero decidí acelerar la cosa y pensé en el cortaúñas, en la navajita, no estaba tan preparado como la segunda vez, pero coincidentalmente llegó la guerrillera y me pidió prestado el cortaúñas. Por supuesto, esto me hizo reflexionar, y cuando me lo entregó ya estaba más tranquilo, más reposado.

Pero la segunda vez sí había tomado la decisión con más tiempo, es más, había hecho unas cartas que la guerrilla me quitó después, junto con unos cuadernos en los que llevaba apuntes, me quemaron todo. En esas cartas le pedía perdón a mi familia, trataba de explicarles que lo hacía por el inmenso amor y cariño que les tenía, y que creía que valía más para ellos muerto que vivo, pues me angustiaba mucho la situación económica que estaban viviendo. Pero esa noche, cuando traté de cortarme la vena de la muñeca, sentí que «algo» me retuvo, como una mano, y estaba absolutamente despierto. Supongo que mi ángel de la guarda me lo impidió. Yo era poco creyente, lo confieso. Básicamente he sido católico por tradición, pero nada más. Pero esto me hizo concluir que efectivamente hay algo superior a nosotros. Aunque también sigo creyendo en mi religión, la que se sintetiza en esta expresión de Abraham Lincoln: «Me siento bien cuando hago el bien y me siento mal cuando hago algo malo», hoy en día, no tengo solamente esa certeza, sino que creo, sin

lugar a dudas, que hay un Ser Superior, que no sólo me dio la fuerza para resistir, sino también la sabiduría para evitar un acto, para mí de cobardía, frente a esa lucha que mi familia venía realizando.

Nos botaban las notas o diarios que lográbamos escribir. Tuve como cuatro cuadernos con apuntes, con notas, con impresiones, con hechos, con sucesos, pero desafortunadamente la guerrilla no me permitió conservarlos. Y que yo sepa a nadie se lo permiten. Una vez me quitaron todos los cuadernos y opté por no volver a escribir, porque el asunto se convierte en una inmensa frustración, entonces trataba de recordar. Por supuesto, no lo recuerdo todo... Ellos no nos facilitaban papel con frecuencia, de vez en cuando le daban a uno un cuaderno y un esfero, como una vez al año, más o menos, y uno hacía sus apuntes, escribía. Por ejemplo, yo utilicé gran parte de un cuaderno en las clases de francés que Ingrid Betancourt nos daba, y en las de inglés que nos daban los norteamericanos, sobre todo de vocabulario, pues yo sé inglés porque estudié en Estados Unidos, pero se me ha olvidado un poco.

Otra complicación grave del cautiverio es la «afectación mental», creo que es imposible no sufrirla, en mayor o menor grado, en unas circunstancias como éstas. Lo que pasa es que uno no se da tanta cuenta pues el cambio es gradual, entonces uno no es consciente de su intensidad. John Frank Pinchao, el valiente policía que se fugó después de nueve años de cautiverio, decía que cuando uno estaba con el mismo grupo de secuestrados no se daba cuenta de los cambios en la expresión de las caras, que no se notaban casi las alteraciones, pero cuenta que una vez se en-

contró con un grupo que llevaba tiempo sin ver y todos tenían expresiones muy raras, cara de locos. Seguro que a nosotros nos pasaba lo mismo.

También había cambios en el comportamiento. Por ejemplo, como consecuencia de la depresión, que era muy frecuente, algunas personas se encerraban y se ensimisaban y no permitían ni siquiera que les hablaran, no resistían el ruido del radio, ni el sonido de una emisora de música o de noticias, les fastidiaba todo, era muy evidente, pero a los dos o tres días tenían el radio a todo volumen oyendo la música que sólo a ellos les gustaba y que a otros les fastidiaba. Algunos gritaban por la noche, de terror y de miedo, entre ellos Pinchao, nos asustaba con mucha frecuencia porque soñaba que lo estaban persiguiendo y que lo querían matar, era como si estuviese poseído por un espíritu, los gritos eran terroríficos, a la una, dos, cuatro de la mañana, y teníamos que moverlo y tocarlo para que se despertara y se calmara. Y no solamente le sucedía a Pinchao, sino a varios. Yo estoy convencido de que todos quedamos, en mayor o menor grado, marcados por el secuestro, aunque me siento sano y sin resentimientos. Ésa es una inmensa ventaja y eso me permite estar tranquilo conmigo mismo. Creo que si me encuentro al tal Enrique «Gafas» en la calle, un guerrillero que nos hizo la vida muy difícil, lo saludaré, no le daré un abrazo pero sí le diré que estoy dispuesto a colaborar en la liberación de los secuestrados. Como fui y se lo dije a Martín Sombra, el carcelero, en la prisión: «Hombre, más bien ayude si quiere que construyamos un camino para la paz de Colombia, ayúdenos a traer a la libertad a los compañeros que quedaron allá...». Y aun-

que él no lo podía creer, estaba asustado y me miraba como extrañado, le conté la propuesta que les he venido formulando a los gobiernos de Colombia y Francia, le solicité que la socializara con los guerrilleros a efectos de poder cristalizar el anhelo de liberar a los secuestrados.

También fue muy difícil no tener relaciones sexuales durante un secuestro tan largo. Ése es un tema supremamente complicado en el que, creo, desempeñan un papel fundamental la mente y la madurez. Muchas personas resuelven el asunto con la masturbación. Además, la guerrilla, no con frecuencia pero sí en algunas oportunidades, presentaba películas pornográficas a los militares y a los policías, y nosotros podíamos ir, pero yo no lo hacía por respeto a las mujeres que estaban ahí. Además, ese tema lo tenía bastante controlado, aunque, claro, a veces pensaba en el asunto, pero lo resolvía recordando problemas anteriores al secuestro, por ejemplo, en deudas, cosas de éstas, entonces cualquier deseo que tenía quedaba disuelto con estos pensamientos que yo mismo provocaba, y ésa fue una especie de terapia privada que me sirvió mucho para resolver esa situación.

La convivencia

Tampoco era fácil la convivencia. Esto era de lo más difícil. A veces pienso que fue más fácil estar solo, allá en la cordillera. Las circunstancias siempre son tan arduas que sacan el peor lado de todos. Había muchas envidias, Ingrid era la que más las suscitaba, pues era la mejor en natación, en las prácticas físicas, la que destacaban los medios

de comunicación, la que habla varios idiomas, entonces ella, que es una líder nata, en estas circunstancias generaba más resistencia que otra cosa. Pero sí se hablaba de algún tipo de liderazgo entre los militares, con los que yo casi nunca estuve, solamente conviví con ocho militares y policías, pero a muchos los conocí tangencialmente: al coronel Mendieta, a los capitanes, en fin, a estas personas las vi una, dos veces, no más, en todo mi cautiverio. Lo que tengo entendido es que Alan Jara ejercía un alto grado de liderazgo en uno de esos grupos. Creo que él les enseña idiomas, juegos, es un tipo inteligente, con experiencia política y administrativa. Pero digamos que dentro de nuestro grupo de políticos, con los ocho militares y policías, con los tres americanos, no hubo un líder como tal.

Si uno quería hablar de temas militares norteamericanos, entonces hablaba con Keith Stansell, si uno quería hablar de aviación, hablaba con Tom Howes, si uno quería hablar de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, hablaba con Marc Gonçalves..., cada loco con su tema, mejor dicho. Ahora bien, yo evitaba hablar de política, tocaba este tema sólo con Ingrid, para evitar confrontaciones, que podían terminar con palabras ofensivas y problemas de convivencia. Que qué opinaba de la Ley de Justicia y Paz, pues no sabía, no opinaba, para no entrar en controversia ni en peleas.

Creo que el trato de la guerrilla con los policías y militares era más blando que el trato con nosotros, los civiles. A nosotros nos trataban peor que a ellos. O por lo menos era la impresión que teníamos. Claro está que ellos tuvieron unas épocas muy difíciles. Los primeros años de cautiverio fueron terribles, devastadores. Hubo, por ejemplo, un

campamento que llamaban «de tabla y media», esto quería decir que en el espesor de una tabla y media tenían que pasar parte del día y toda la noche, pegados unos a otros, cuerpo contra cuerpo, ¿se imagina eso?, más de doce horas al día, y tenían que hacer las necesidades ahí delante de todo el mundo, porque los encerraban a partir de las seis de la tarde y si les daban ganas de ir al baño tenían que hacerlo ahí mismo. Imagine trescientas y cuatrocientas personas conviviendo de esa manera; claro, se presentaban casos de homosexualismo con frecuencia, explicable sin duda.

La pareja y la familia

Otra tortura era pensar si la mujer de uno lo estaría esperando o no. A mí me impresionó mucho el caso del coronel Acosta en el año 2001, a él lo liberaron diez días después de mi secuestro. Yo había ayudado a su esposa, entre otras cosas porque el coronel Acosta es paisano mío, del departamento de Nariño, y su familia, muy amiga. La señora me pidió ayuda en varias oportunidades, yo era senador en ese momento y la ayudé a que hablara en plenaria, en el tema de sensibilizar sobre el secuestro de su marido, quien estaba en grave estado de salud porque se había caído de un helicóptero. La sorpresa fue cuando liberan al coronel Acosta. Su mujer fue a recibirlo, lo abrazó, lo besó, y le dijo que ahí estaban sus hijos y que tenía que irse, porque ella tenía amores con un capitán o con un teniente y lo abandonó. Ése es un impacto muy grande, que me deja pensando que cualquier cosa puede suceder. Claro, nunca dudé del comportamiento de mi esposa, pero nadie sabe

cuándo se enamora. Mire lo que le ocurrió a Mónica, la esposa del hoy canciller, Fernando Araújo, una médica queridísima, bueno, le sucedió, se enamoró y pare de contar. Eso no se puede juzgar, pero uno recibe una noticia de éstas en plena selva, como le ha sucedido a varios de los policías y militares, y queda muy mal emocionalmente.

Pero esto no es todo, también hay que contar con que las personas cambian, cambia el carácter, el modo de ser y los años no pasan en vano, para bien o para mal. Además, si uno sufre consecuencias en su salud mental, a las familias les pasa lo mismo, porque están de cierta manera secuestradas, creo que la mayoría de las personas no pueden seguir funcionando de una manera normal cuando tienen una persona cercana secuestrada. No hay que olvidar tampoco que muchas familias se sienten olvidadas por una sociedad que es indiferente al drama que nosotros estábamos viviendo, y a la lucha que nuestras familias estaban librando. Fueron muchas las puertas que se cerraron y muchas las personas ingratas, de amistades de tiempo atrás. Y no falta en estas circunstancias la gente que trata de extorsionar, amenazar, chantajear, crear falsas expectativas. Entonces, así como ellos han tenido que hacer un inmenso esfuerzo por acoplarse a comportamientos «raros» que pudiéramos presentar nosotros hoy en libertad, nosotros también tenemos que hacer un esfuerzo para comprender ciertas actitudes, ciertas manifestaciones entendibles y comprensibles por el propio drama que ellos han vivido. De manera, pues, que en esas circunstancias cualquier cosa habría podido suceder.

Por eso yo no puedo mentir sobre lo que pensaba algunas veces: que no iba a encontrar a mi señora, que no

iba a encontrar un hogar. Pero conociendo el modo de ser de Ángela, con un matrimonio de veintiocho años de casados antes del secuestro, pues sentía confianza en ella, además me lo manifestaba a través de los mensajes, que eran permanentes. Me tranquilizaban sus declaraciones, su lucha, pero no dejaba de tener alguna que otra preocupación, decir lo contrario es mentir, uno en eso tiene sus dudas y creo que es humano sentir las.

Algunas reflexiones sobre el carácter

Aunque suene un poco absurdo creo que los casi siete años de secuestro no fueron tiempo perdido, pues siento que gané en humildad, en tolerancia. Esos años me permitieron reflexionar sobre lo que había sido mi vida, los errores que había cometido, también en algunos aciertos. Creo que en mi accionar político habría podido rendir más, actuar más en defensa de un país que necesita de unos voceros comprometidos, sin necesidad de enlistarlos en la derecha o en la izquierda. Hubiera podido aprovechar mejor el tiempo que estuve en el Congreso, y por eso le he pedido excusas a Nariño y a Colombia. En fin, en toda la tragedia de siete años pienso que hay cosas que rescatar desde el punto de vista de superación interior.

Antes del secuestro era un poco arrogante, el hecho de ser senador, de ser gobernador, puede generar cierta prepotencia que yo traté de evitar, pero hoy me siento más humilde. También creo que soy más tolerante, pude haber sido intolerante en ciertos momentos, justamente por ese ejercicio propio de una actividad en la cual en lu-

gar de haber grados de amistad, lo que uno siente en los ambientes políticos es servilismo, y ese servilismo le da a uno una sensación de arribismo, que es un error en la vida, en la práctica política, en la actividad de uno. De manera que hoy en día yo soy más tolerante y valoro cosas que antes no apreciaba tanto, empezando por mi familia.

Para mí la política era más importante que la familia. Yo sacrificaba fines de semana y días enteros en lugar de estar con mi familia, por estar en Nariño. Pocos días antes del secuestro me pasó lo siguiente: mi hijo me pidió dinero para alguna cosa, ir al cine, comer una hamburguesa o salir con la novia, y yo no quise dárselo y, además, me puse bravo con él. Pero unas horas antes había llegado un nariñense a mi oficina a pedirme dinero, pues no tenía para pagar el hotel ni la comida y yo se lo di con gusto. Empecé a entender que yo había trocado en cierta manera a la familia por la política.

Yo fui supremamente descuidado con mi señora, con mis hijos, yo no tenía tiempo para ir a cenar, a un cine, a bailar, para estar con ella el tiempo que se requiere para mantener el afecto. Hoy le agradezco a Ángela que haya puesto nuestro matrimonio por encima de mis descuidos y que pueda sentirme tan feliz con ella.

El secuestro también endurece el carácter, la visión frente a la vida, la visión frente a la muerte, son tantos aspectos que lo vuelven a uno frío y reflexivo. Le toca a uno acostumbrarse a las cadenas, a estar descalzo en los campamentos, a no usar papel higiénico y a mil cosas más. Pero lo que más me afectaba era la humillación, a eso nunca me podré acostumbrar, a que me maltraten, a que me insulten. No voy a permitir que nadie me lo vuelva a hacer.